

La luz de la Reina

# Lumen Reginae

Reinado   
de María

N.45-ENERO 2024

**María, el gran  
milagro de Dios**  
ALMA MARIANA

**¡Bella Señora!**  
VICTORIAS  
DE MARÍA

**Apóstoles de  
Santa María**  
TOTUS TUUS

**“Dios otorgó a María el don más  
grande que puede darse:**

***La Maternidad Divina”***

**(San Alberto Magno)**





# Lumen Reginae

Revista oficial del  
Reinado de María.  
Número 45  
Enero 2024

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.


El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

*Ad Iesum per Mariam.*


P. Rodrigo Molina, inspirador  
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 [reinadodemaria.org/](http://reinadodemaria.org/)

 [facebook.com/Reinado-de-Maria](https://facebook.com/Reinado-de-Maria)

 [instagram.com/reinadodemaria](https://instagram.com/reinadodemaria)

 [youtube.com/c/ReinadodeMaria](https://youtube.com/c/ReinadodeMaria)

# SUMARIO

**04**

EN LA ESCUELA DEL  
INMACULADO CORAZÓN

«Nacido de Mujer»



**07**

ALMA MARIANA

María, el gran milagro de Dios



**08**

VICTORIAS DE MARÍA

¡Bella Señora!



**10**

TESTIGOS DE LA INMACULADA

Santo Tomás de Aquino, doctor de la Iglesia



**12**

MI INMACULADO  
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada al conocimiento de Dios



**14**

TOTUS TUUS

SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Apóstoles de Santa María



**16**

REINADO DE CRISTO

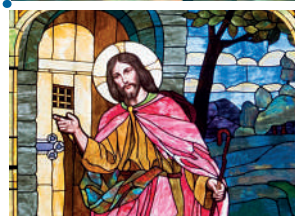
«Nadie echa vino nuevo en odres viejos, a vino nuevo, odres nuevos»



**18**

AL ENCUENTRO  
CON EL DIOS UNO Y TRINO

Fuente increada de nuestra vida interior



# Dios se hace Niño

## Y PIDE QUE SEAMOS NIÑOS

**E**strenamos año. Todavía meditamos los misterios de la Infancia del Señor. Dios eligió tener Madre. Esa Madre es María. Dios eligió ser Niño. Ese Niño es Jesús.



Dios se esconde en un corazón de Niño para visibilizar allí al Dios que ama con corazón de hombre.

Dios se esconde en un corazón de Mujer para transparentar allí a Dios que ama con corazón de madre.

¿Hay en nuestro corazón un lugar para el amor? ¿Hay en nuestro corazón un lugar para Jesús? ¿Un lugar para María?

Ese Corazón es tan inmenso en su pequeñez que no excluye a nadie. En Él todos tenemos cabida, todos encontramos el calor de una acogida de amigo. Y desde ese Corazón convocas a todos los hombres: «Atraeré a todos hacia Mí» (Jn 12, 32).

María, Tú que has acogido al Niño de Belén, deja que yo renazca con Él en tus entrañas de Madre.

Desde ese Corazón de Niño, Dios convoca a todos los que quieren nacer a la Verdad, a la Vida. ¿Acudiremos a Él?

Dios quiso enseñarnos el camino del amor; se hace Maestro y puede decir desde Belén lo que un día dijo a sus discípulos: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29). Sí, aprended de mí que soy Niño pequeño.

El hombre necesitaba un corazón, no para amar, sino *para dejarse amar* por un Dios misericordioso;

entonces Dios se hace Niño y un corazón materno lleno de misericordia lo ama.

Mi modelo, Jesús: Corazón confiado.

¿Qué es lo que tiene el Niño Jesús que yo no pueda tener? Todas sus cualidades se reducen a una dependencia. Por eso María lo ama más, se desvive más por Él. Porque su pequeño Niño no puede, no sabe, no llega. Necesitado de todo, de ternuras, de amor, de compasión, de alimento, de fuerza, de sueño...

Y Jesús luce radiante, nos dice desde el destartalado establo de Belén: *Aprended de mí...*, que me dejo fajar por una doncella, una virgencita, una muchachita.

Dios se hace Niño y pide que seamos niños.

¿Por qué, Señor, escogiste ser Niño? Aun en la Pasión optas por ser Niño.

Con ese candor ante fieras despiadadas. Ante los insultos e ignominias, Jesús callaba. De Anás a Caifás, del Pretorio a Herodes, de Pilato al Calvario, se dejaba hacer.

Como oveja llevada al matadero, como un niño en brazos de su Madre.

Jesús en la cruz se deja despojar, lo mismo que cuando su Mamá le

quitaba la ropita... no pone resistencia. Y así como lo arropaba en la cunita en el pesebre, el amor acunó a Jesús en la áspera cruz. Como a un Niño.

María no protesta porque Jesús murió siendo Niño. Se dejó amar. Cuando a veces el amor cobra la forma de cruz, uno no entiende nada. Pero los niños, aunque no entiendan, aunque no sepan, se abandonan confiados: «Papaíto, pase de mí este cáliz, pero lo que Tú quieras. Hágase tu voluntad».

Y Jesús desde la cruz pronuncia su último «Mamá». Pero no para Él. Nos la deja: —Mujer, corazón fecundo y abierto, nido de amor, he ahí a tu hijo. —Madre: centro magnético de confianza, ojos tiernos. Mirada que acaricia, acolchona, empuja, conduce, levanta. A Ella confía toda la Iglesia, a aquellos que quieren ser niños, criaturas nuevas. Sólo de ellos es el Reino de los cielos.



# MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO



## *Nacido de Mujer (Ga 4, 4)*

**A** lo largo de los meses pasados recorrimos una galería de iconos del Antiguo Testamento: María, nueva Eva; Zarza ardiente e inextinguible; nueva Rut; Arca de la nueva alianza; Hija de Sion; Tabernáculo del Encuentro, nueva Judit; nueva Ester; Esposa del Rey; Sede de la Sabiduría; María Virgen, madre del Emanuel... Podríamos evocar también otras imágenes: María, escala de Jacob que une el cielo y la tierra (Gén 28); María, nube luminosa del Éxodo; María, vara florida de Aarón (Núm 17,23); María, brote del tronco de Jesé (Is 11,1-2); María, puerta cerrada de Sion (Ez 44,1-2), etc., prefiguraciones de la Madre del Señor.

Este año comentaremos los pasajes en que María se hace presente en el Nuevo Testamento.

Pasamos así de la figura de María profetizada anticipadamente en el Antiguo Testamento, a su figura testificada en el Nuevo.

Ello tiene la ventaja de que los rasgos, dotados siempre de una cierta oscuridad en los anuncios proféticos, acentúan ahora su nitidez.

Los cuatro evangelistas nos hablan de María con la intención última

de decir lo que desean acerca de Jesús. Sus discursos acerca de Cristo encuentran en Ella luz y apoyo. Pero ninguno pudo prescindir de Ella para hablar de Jesús y presentárnoslo como Evangelio, que es decir: como anuncio de salvación.

María no es el Evangelio. No hay ningún evangelio de María. Pero sin María tampoco habría Evangelio. Y Ella no falta en ninguno.

Ella no sólo es necesaria para envolver a Jesús en pañales y lavarlos... No sólo es necesaria para sostener los primeros pasos vacilantes de su Niño sobre nuestra tierra de hombres. Su misión no sólo es contemporánea a la del Jesús terreno, sino que va más allá de su muerte en la Cruz: acompaña su resurrección y el surgimiento de su Iglesia.

Vestida de sol, coronada de estrellas, de pie sobre la luna, María, como su Hijo, permanece. Y aunque el mundo y los astros se desgasten como un vestido viejo, para confusión de los que en estas cosas pusieron su seguridad y vanagloria, María permanecerá, como la Palabra de Dios de la que se hace Eco.

María, Madre de Jesús, pertenece al acervo de los bienes comunes a Jesús y a sus discípulos. Su Padre es nuestro Padre. Su hora, nuestra hora. Su gloria, nuestra gloria. Su Madre, nuestra Madre.



## «NACIDO DE MUJER»

(SAN PABLO, CARTA A LOS GÁLATAS 4,4S)



El texto más antiguo del Nuevo Testamento que se refiere a María, aunque no mencione su nombre, se encuentra en la carta de San Pablo a los Gálatas, escrita por el Apóstol durante el bienio de su estancia en Éfeso, es decir, en torno al año 54 de nuestra Era.

En ella escribe San Pablo: «Cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción» (Gal 4,4s). Estas breves palabras contienen enseñanzas teológicas de la mayor importancia.

El verbo griego que traducimos como «envió» contiene una riqueza de matices que cabría decir: «envió de junto a sí»: «envió Dios desde el cielo de cabe sí». Sumamente capital para que entendamos que el Hijo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad preexiste junto al Padre, y esa preexistencia hace posible que el Padre lo envíe del cielo a la tierra.

Ahora bien, la realización de ese envío tiene lugar en la encarnación, en la que nace de una mujer, María, recibiendo de ella la

naturaleza humana. Es lo que contemplamos en el misterio de la Encarnación del Verbo. Esta afirmación incluye la verdad fundamental de la maternidad divina de María: la acción generativa de María se termina en la persona divina del Hijo.

Es notable también que la construcción del texto menciona exclusivamente al Padre celeste de Jesús (Dios Padre que lo envía) y a su Madre terrena. La estructura sugiere la no existencia de un padre terreno, es decir, la concepción virginal de Jesús.

Además, la maternidad de María es verdadera y plenamente humana. Jesús como Persona divina es el Hijo de Dios, fue engendrado por él; y *al mismo tiempo* es hijo de una mujer, de María. Viene de ella. Es de Dios y de María. Por eso la Madre de Jesús se puede y se debe llamar Madre de Dios.

El título «Madre de Dios» nos dice de Jesús que Él es Dios y hombre en una misma persona. Dios se ha ligado al hombre y ha unido a Sí al hombre en la más profunda unidad que puede existir en el mundo, que es la unidad de la persona. El seno

de María —decían los Padres— ha sido el «tálamo» en donde han tenido lugar las nupcias de Dios con la humanidad, el «telar» donde se tejió la túnica de la unión, el laboratorio donde se operó la unión de Dios y del hombre (San Basilio, PG 31, 1464).

Y San Cirilo de Alejandría: «Nació de Ella el cuerpo santo, dotado de un alma racional, al que se unió el Verbo hasta formar con éste una sola persona» (PG 77, 448s).

María es Aquella que ha anclado a Dios a la tierra y a la humanidad; Aquella que con su divina y humana maternidad ha hecho para siempre de Dios el Emmanuel, el Dios-con-nosotros; Aquella que ha hecho de Cristo nuestro hermano.

El pasaje paulino nos habla también de la «plenitud de los tiempos» y nos ilumina sobre el contenido de esta expresión.

Con la encarnación del Hijo de Dios, la eternidad entró en el tiempo, y la historia del hombre se abrió al cumplimiento en el absoluto de Dios. El tiempo ha sido —por decirlo así— «tocado» por Cristo, el Hijo de Dios y de



María, y de Él ha recibido significados nuevos y sorprendentes: se ha convertido en tiempo de salvación y de gracia. Precisamente desde esta perspectiva debemos considerar el tiempo, para poner las distintas vicisitudes de nuestra vida —importantes o pequeñas, sencillas o indescifrables, alegres o tristes— bajo el signo de la salvación y acoger la llamada que Dios nos hace para conducirnos hacia una meta que está más allá del tiempo: la eternidad.

Por último, María interviene en una generación de Jesús que tiene como fin redimir a los que estaban bajo la ley y hacer que recibamos la adopción (v.5). La obra en que María interviene tiene un sentido

salvador. María coopera en nuestra salvación.

Los temas de Gn 3,15 (asociación de María a la lucha del Mesías contra el demonio) y de Is 7,14 (virginidad de María) reaparecen ahora en este texto de San Pablo a los Gálatas (4,4s) unidos a un tema nuevo que sólo era posible con el progreso de la revelación del misterio trinitario: la divinidad del Hijo y, consiguientemente, la maternidad divina de María.

Contemplemos a María, Madre siempre virgen del Hijo unigénito del Padre. Aprendamos de Ella a acoger al Niño que por nosotros nació en Belén. Si en el Niño nacido de Ella reconocemos al Hijo

eterno de Dios y lo acogemos como nuestro único Salvador, podemos ser llamados, y seremos realmente, hijos de Dios: hijos en el Hijo.

En conclusión: Dios se hace hombre y al hombre se le da la inaudita posibilidad de ser hijo de Dios. Los hombres todos tenemos la posibilidad de invocar a Dios como «Abba», es decir, con la confianza, con la intimidad, con el atrevimiento con que un hijo, pequeño o grande, llama a su padre «papá». Todos los hombres entran a formar parte de la familia de Dios. Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, a quien Pablo llama “*el primogénito entre muchos hermanos*” (Rm 8, 29).



# María, el gran milagro de Dios

El dogma de la Maternidad Divina consiste en que la Virgen María es verdadera Madre de Dios por haber engendrado por obra del Espíritu Santo y dado a la luz a Jesucristo, no en cuanto a su Naturaleza Divina, sino en cuanto a la Naturaleza humana que había asumido.

Así penetraba profundamente el P. Molina en este dogma mariano:

«“¿De dónde a mí que venga la Madre de Dios a mí?”. Una palabra encierra todo lo que hay en María de más excelente: Madre de Dios. De esta palabra, de este principio, se derivan todos los demás privilegios de María.

*Madre de Dios: esta palabra da unidad a todo el mundo de María. María sale de aquí. Y toda Ella está destinada aquí. Madre de Dios: esta palabra da inteligibilidad a María y a todo el mundo de María. Todos los privilegios y excelencias concedidos a María son debidos a su Maternidad y son destinados a su Maternidad.*

*Por ser Madre de Dios, las excelencias, los oficios y misiones de María son paralelos a los de Jesús. Como una Madre está íntimamente ligada a su hijo, así María está en todo íntimamente asociada a Jesús.*

*Jesús es lugar de referencia de María. Lo que es María lo puedes sacar mirando su punto de referencia que es Jesús.*

*La Maternidad divina: concepto clave para explicar y dar a conocer lo que es María. María es elegida por Dios para Madre de su Hijo. Cuando Dios llama a María a la existencia, la llama para Madre de su Hijo.*

*Y por medio de la Maternidad entra Dios en el mundo.*

*“¡Oh puerta feliz –exclama Santo Tomás de Villanueva– por la cual entró Dios en el mundo y el hombre entra en Dios! Puerta del cielo y puerta del mundo. Puerta de Dios y puerta del hombre. Por esta puerta entra Dios en el mundo (del hombre) y por la misma entra el hombre en el cielo (el mundo de Dios): María, la Madre de Dios para todos y para todo ha sido hecha puerta”.*



*Y San Lorenzo de Brindis agrega: “María, el gran milagro de Dios. Milagro físico: Madre en la virginidad. Milagro de santidad: fiel hasta el Gólgota. Milagro de excelencias: ascensión en cuerpo y alma, coronación como Reina de cielo y tierra. María la llena de suficiencia, la colmada de eficacia, la deslumbrante de excelencia”.*

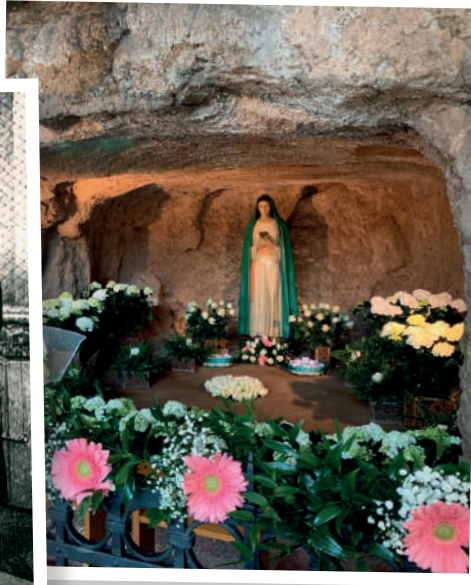
*Por último, digamos con San Juan Damasceno: “Dios ha hecho muchas cosas grandes en el mundo, pero nada ha hecho tan excelente y magnífico como la Virgen María. Se mezcló substancialmente con Ella y salió de sus entrañas, como fruto de esta unión, hecho hombre perfecto”.*

*Nadie consigue la salvación sino es por Ella, nadie puede obtener el don de la gracia sino por Ella».*





Bruno Cornacchiola con su familia



Cueva donde se apareció la Virgen

## ¡Bella Señora!

**E**n 1947, recién terminada la II Guerra Mundial, Europa se enfrentaba a sus trágicas consecuencias. Millones de muertes, hambre, ciudades destruidas por los bombardeos; el caos reinaba en todas las ciudades. En este contexto tuvo lugar en Roma una de las apariciones de la Virgen más sorprendentes de la historia.

Bruno Cornacchiola nació el 9 de mayo de 1913, en Porta Metronia, Roma. El ambiente que se vivía en su casa era de una pobreza extrema. Su padre era alcohólico y pasaba temporadas en la cárcel; su madre lavaba la ropa para poder mantener a la familia. Tenía muy poca formación. En 1936 contrajo matrimonio con Yolanda. Poco después de su boda, fue a luchar en la guerra civil de España al lado de los comunistas. Allí conoció a un alemán protestante que le inculcó su odio contra la Iglesia católica”.

Recuerda Bruno: «En 1939, cuando se acabó la guerra de España, entré en casa, no tanto con el deseo de volver a ver a

mi mujer y conocer a mi hija, cuanto con el afán de decirle que debíamos repudiar a la Iglesia Católica. Yolanda exclamó: “Pero ¿cómo?, ¡si has vuelto porque he rezado mucho con la niña delante del cuadro de la Virgen de Pompeya!”. “¡Hay que tirar todo esto, quemarlo todo!”, grité como poseído. Esta fue mi vuelta a casa».

El 13 de abril de 1947 Bruno, ya adventista, tenía que presentarse en público para hablar contra los dogmas marianos. El día anterior, decidió llevar a sus tres hijos a un campo donde pudieran jugar mientras él redactaba su discurso. Se quedó en un lugar aldeaño a la Abadía de Tre Fontane donde, según la

tradición, San Pablo fue decapitado. Sus hijos se pusieron a jugar a la pelota cerca de una cueva.

Continúa Bruno su relato: «Carlos, Isla y Juan Franco comenzaron a jugar; y yo, un poco apartado, me sumergí en la lectura de los versículos que había de escoger para escribir el sermón. Casi en seguida, me llamaron: la pelota había desaparecido y yo tenía que ayudar a buscarla. Cuando volví, el más pequeños de mis hijos no estaba. Lo encontré a la entrada de la gruta. No solo estaba arrodillado, sino que tenía las manitas juntas, como si rezase, miraba con sus ojos vivos, luminosos, a la gruta, sonriendo, cuchicheando algo. Me acerqué más y oí las palabras: “Bella Señora, bella Señora...”. Nadie en casa le había nunca enseñado tal oración, los chicos estaban acostumbrados a rezar de pie, sin unir las manos. “Pero ¿qué dices, Juan Franco? ¿Qué haces? ¿No te había prohibido estar aquí porque hay muy mal olor?”. El niño, en presencia de algo extraordinario que se me escapaba, no respondía, no se movía de su sitio, y con una encantadora sonrisa repetía continuamente las mismas palabras: “Bella Señora”.

¿Está quizás encantada la gruta? ¿Dónde esta Isla? Muy excitado la busqué. “Isla, ven un poco aquí”. La niña obedeció: “¿Qué quieres papá?”. “¿Que dice Juan Franco? ¿Qué hay allí dentro? ¿No ves nada tú?” “No, papá”, respondió Isla; pero en el mismo momento cayó también ella de rodillas, juntó las manos, la mirada fija hacia dentro de la gruta, cuchicheando con su hermanito: “Bella Señora, bella Señora...”.

Excitado y enojado me dije: ¿Por qué están ambos de rodillas y



miran como hechizados, fijos en la gruta, repitiendo las mismas palabras? “Carlos, ven aquí. ¿Qué hacen Isla y Juan Franco? ¿Habéis preparado este juego? ¿Por qué no dices también tú: “Bella Señora”?””. Carlos respondió en tono despreocupado y bromista: “No, ¡qué va!”. Apenas pronunciadas estas palabras, Carlos cayó también de rodillas con las manos juntas y la mirada luminosa, los ojos azules fijos en algo que le fascinaba, repitiendo las mismas palabras: “Bella Señora...”. “Esto es demasiado, ¿también tú te ríes de mí? ¿Es posible que os hayáis puesto de acuerdo para bromear conmigo?””.

Quise levantar a Carlos que estaba junto a mí, pero no lo conseguí, era demasiado pesado. Me acerqué a Isla y quise levantarla. Lo procuré con todas mis fuerzas, pero no lo conseguí, parecía que pesaba quintales. Me invadió un terrible miedo y terror. Me acerqué al más pequeño y tampoco pude moverlo. Comencé a llorar. ¿Qué sucede aquí? ¿Quién ha embrujado a mis hijos? Me quedaba todavía una esperanza. Levanté los ojos al cielo y grité: “¡Dios mío, sálvalos Tú!””.

Apenas pronunciado este grito de socorro, todo alrededor se volvió oscuro. Caí a tierra, de rodillas, con las manos juntas. En la oscuridad apareció un punto luminoso: en el centro, una figura de mujer llena de luz, de una belleza sin comparación humana. Sonrió maravillosamente, como una madre dolorida, y al mismo tiempo benévola, que quiere traer al buen camino al hijo culpable. Con una voz tan dulce que no tiene igual en este mundo, me dijo:

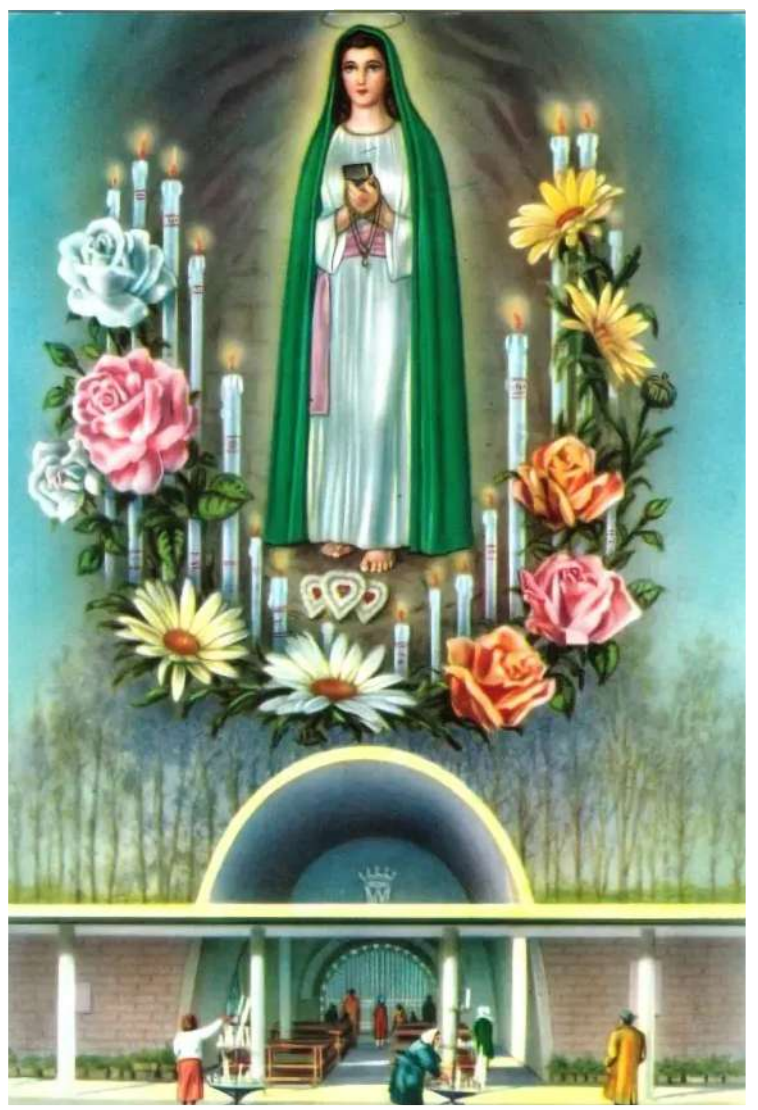
“Soy la que está en la Trinidad divina. Soy la Virgen de la Revelación. Tú me has perseguido, ¡ya basta! Entra en el Redil santo”».

LA VIRGEN LE RECOMENDÓ A BRUNO EL REZO DIARIO DEL SANTO ROSARIO POR LA CONVERSIÓN DE LOS PECADORES Y POR LA UNIÓN DE LOS CRISTIANOS: “LAS AVEMARÍAS –DIJON SON COMO FLECHAS DE ORO QUE SALEN DE LA BOCA DE LOS CREYENTES Y PENETRAN EN EL CORAZÓN DE JESÚS, MI HIJO”.

Al acabar la aparición, todos recobraron los sentidos. Los niños rodearon al padre diciéndole: «¿Quién es esa bella Señora? ¿Qué ha dicho?». “Es la Virgen.

Después os diré todo”. Entran en la Iglesia de la Abadía cercana y, mostrándoles el Sagrario, dice a sus hijos: “Antes os decía que Jesús no está ahí y os prohibía rezar, pero ahora os digo que Jesús está ahí, adoradlo”. A partir de entonces, Bruno renunció a su fe adventista y recorrió el mundo entero dando testimonio sobre el amor a María y a la Iglesia, la obediencia al Papa y el amor a Jesús Eucaristía.

Actualmente, existe allí un gran Santuario dedicado a la Virgen de la Revelación donde ocurren grandes milagros de curaciones y conversiones para gloria de Dios. En 1997, San Juan Pablo II aprobó el nombre del lugar como “Santa María del Tercer Milenio a las Tres Fuentes”.





# *Santo Tomás de Aquino, Doctor de la Iglesia (1225-1274)*

**E**l Doctor Angélico nació en el reino de Nápoles, hijo de los condes de Aquino. Estudió primeramente en el monasterio de Montecassino y más tarde en Nápoles. Después de ingresar dominico, acabó sus estudios en París.

Escribió muchas obras de filosofía y teología, que destacan por su profundidad. Su obra cumbre es la «Suma Teológica», hasta nuestros días base segura de la enseñanza teológica. Fue nombrado profesor en la Sorbona, donde el piadoso rey san Luis recurría a sus consejos.

Murió mientras se dirigía al concilio de Lyon. Su sagrado cuerpo descansa en Toulouse.

Los mariólogos le consideran como el **Doctor de la divina maternidad de María**.

Fue, desde luego, devotísimo de la Virgen, y de Ella nos habla en varios escritos. La Mariología de santo Tomás se caracteriza por su rigor teológico.

El Aquinate enseña que la Santísima Virgen María tuvo tanta gracia que bastaba para la salvación de todos los



hombres. Presentamos algunas de las enseñanzas más importantes de Santo Tomás:

*La plenitud de gracia en María.* «En todo orden de cosas, cuanto uno se allega más al principio de ese orden, más participa de los efectos de ese principio ... Pero la Virgen María estuvo cerquísima a Cristo según la humanidad, puesto que de Ella recibió Cristo la naturaleza humana... Por tanto, debió obtener de Él una plenitud de gracia muy superior a la de los demás...

María es la *Llena de gracia* en cuanto a su efusión sobre todos los hombres. Es, efectivamente, cosa maravillosa que cada santo tenga tanta gracia cuanta necesita para la salvación de muchos. Pero lo más maravilloso fuera que tuviesen bastante para la salvación de todos los hombres del mundo; y esto es lo que vemos en Cristo y en la Santísima Virgen. Dando a luz al que es Lleno de gracia, le derivó en cierta manera a todo el mundo». (S. T. III, 27,5).

*La triple perfección de gracia en María.* Según el Doctor Angélico: «Existía en la Santísima Virgen una triple perfección de gracia. La primera consistía en una perfección preparatoria, con la cual se hacía digna de ser Madre de Dios, y ésta era la perfección de su santidad. La segunda perfección de gracia le vino de la presencia real del Hijo de Dios encarnado en su seno. La tercera es la perfección final de gracia que posee en el cielo». (S. T. III, 27,5 ad 2).

*María, virgen perpetua.* «Absolutamente hemos de confesar que la Madre de Cristo concibió virginalmente. Lo contrario fue la herejía de los ebionitas y de Cerinto».

*Su voto de virginidad.* «Las obras de perfección son más laudables

si se hacen en virtud de un voto. Pero como en la Madre de Dios debió resplandecer la virginidad en su forma más perfecta, fue muy conveniente, pues, que su virginidad estuviera consagrada a Dios con voto». (Ib, 28).

*María, verdadera Madre de Dios.* «Como en el instante mismo de la concepción de Cristo la naturaleza humana se unió a la Persona divina del Verbo, se sigue que puede decirse con toda verdad, que Dios es concebido y nacido de la Virgen María. Se dice, en efecto, que una mujer es madre de una persona porque ésta ha sido concebida y ha nacido de ella. Luego se seguirá de aquí que la Santísima Virgen puede decirse *verdadera Madre de Dios*. Madre de Dios, no porque sea Madre de la Divinidad, o sea de la naturaleza divina, —que es eternamente anterior a Ella— sino porque es Madre, según la humanidad, de una Persona que tiene divinidad y humanidad». (Ib, 35,4).

*Dignidad superexcelsa de María.* «Por ser Madre de Dios María tiene una dignidad “cuasi” infinita, por sus relaciones con Dios, Bien infinito; y, bajo este aspecto, no es posible nada mejor, como no es posible encontrar cosa alguna que sea mejor que Dios». (Ib, q. 25, a. 6 a-d 6).

«El grado supremo de grandeza corresponde a la humanidad de Jesucristo, y el segundo, a la Santísima Virgen María, en la que el Verbo se ha unido a nuestra carne». (Ib, d. 44).

*María debe ser llamada Reina.* «El dicho del salmo: *Asistió la reina...* puede aplicarse todo a la Santísima Virgen, que es Reina y Madre del Rey, y está sobre todos los coros con vestidura dorada; es decir, dorada de Divinidad, no porque sea Dios, sino por ser Madre de Dios». (Comm. in Ps. 44,7).

«Y así impetró la mitad del reino de Dios, para que Ella sea Reina de misericordia... donde el Hijo es Rey de Justicia». (Exposit. in Epist. Canon. praef.).

«Grande cosa es en un santo que tenga tanta gracia que baste para salvar a muchos; pero si tuviese tanta gracia que fuese suficiente para la salvación de todos los hombres del mundo, esto sería lo máximo. Pues esta gracia cabalmente fue la que existió en Jesucristo y en la Virgen María». (Super Avemaria, Qpusc. omnia, t. IV).

*Prenda de salvación.* «También se llama a María Estrella del mar, porque de la misma manera que por la estrella del mar se dirigen los navegantes al puerto, así, por medio de María se dirigen los cristianos a la Gloria».

Afirma explícitamente en su *Exposición de la Salutación angélica*, que María «es la causa de la salvación de todos los hombres; que de la Virgen gloriosa se puede obtener la salvación de todos; y en todo acto de virtud se la puede tener por Auxiliadora». (Op. VIII).

*¿Qué culto se debe a María?* «Siendo la Santísima Virgen pura criatura racional, no se le debe adoración de *latría*, sino solamente veneración de *dulía*, más eminente, sin embargo, que a las demás criaturas, en cuanto que es Madre de Dios, y por eso se dice que le corresponde, no cualquier culto de *dulía*, sino de *hiperdulía*». (S. T. III, Q. 25, a. 5).

*La Asunción de María.* «Tres maldiciones fueron lanzadas sobre los hombres por el pecado... La tercera fue, que se convertirían en polvo. Y de ésta estuvo libre la Bienaventurada Virgen, porque subió corporalmente al cielo. Pues creemos que, después de la muerte, resucitó y fue llevada al cielo». (Expos. S. A.).

# Llamada al conocimiento de Dios

El mensaje de Fátima nos recuerda la necesidad de seguir por el camino del Cielo. Fue lo que Nuestra Señora vino a decirnos para que no olvidemos que Dios nos creó para amarle y servirle en esta vida y después gozarle en la eterna.

Precisamente la observancia de los mandamientos, que estaremos profundizando en los números sucesivos, es lo que nos ha de conducir a la vida eterna. Así lo dijo el mismo Jesús al joven que le preguntó: «Maestro, ¿qué cosas buenas debo hacer para alcanzar la vida eterna? Él le respondió: si quieres entrar en la Vida, guarda los mandamientos. Le preguntó: ¿Cuáles? Jesús le respondió: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 19, 16-19).

Por desgracia, la mayor parte de la humanidad ignora los mandamientos y no los comprende. Por eso tantas almas corren por el camino de la perdición. Para evitar eso, Dios envió a Nuestra Señora a darnos un mensaje de capital importancia que gira en torno a esta cuestión. Por eso el cumplimiento de la ley de Dios es uno de los puntos principales del Mensaje.



El 13 de julio Nuestra Señora dijo a los Pastorcitos: “*En octubre diré quién soy y lo que quiero*”. Es decir, la aparición de octubre era la clave para descubrir qué era lo que Dios había mandado a decir a la humanidad por medio de la Virgen. En efecto, en el mes de octubre, Nuestra Señora termina la serie de sus apariciones con estas palabras: «No ofendan más a Dios Nuestro Señor que ya está muy ofendido».

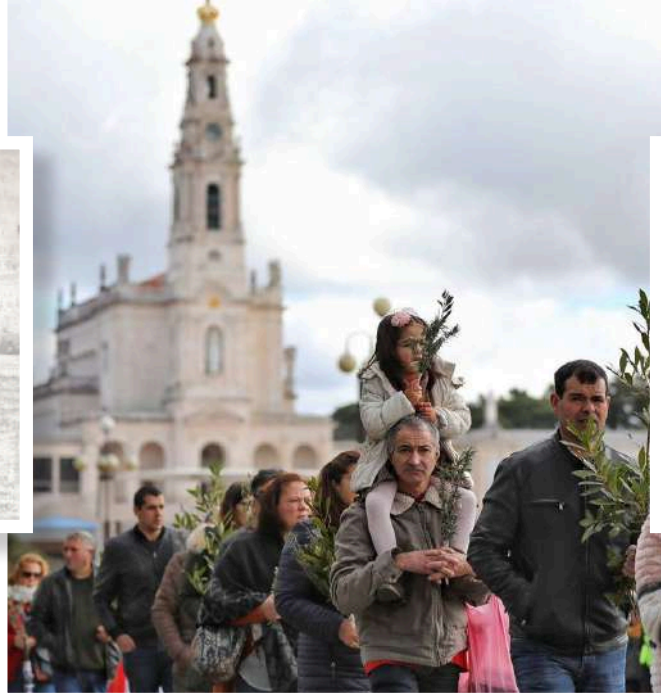
Si esto es lo que la Virgen quiere, significa que lo más importante del Mensaje es pedirnos que dejemos de pecar,

de ofender a Dios. Y lo único que ofende a Dios es la transgresión de su ley, como nos lo atestigua toda la Sagrada Escritura. Todos los profetas y el mismo Jesús clamaron contra esto. Y la Iglesia, continuadora de la enseñanza del Señor nos lo recuerda en todo momento.

Pero para cumplir los mandamientos es preciso conocer a Dios. ¿Quién es Dios?

Dios es nuestro Creador y Dueño. Cuando Dios se manifestó a Moisés y por medio de él al pueblo escogido, le dio unas leyes escritas en tablas de piedra. Esas leyes las





tenemos impresas en nuestro corazón desde que venimos a este mundo. Por eso, desde pequeños, tenemos cierta noción de lo que está bien y está mal. Pero en el monte Sinaí, Dios quiso de una manera solemne y pública darnos a conocer su Ley a la que todos estamos obligados.

Cuando nos apartamos del cumplimiento de esas leyes llamadas «Mandamientos», ofendemos a Dios y manchamos nuestra alma con el pecado. El pecado nos aleja de Dios. Por eso Adán y Eva, cuando pecaron, tuvieron miedo de Dios y se escondieron. Este miedo que los seres humanos experimentan es fruto del pecado que les priva de la gracia y amistad de Dios. Es el miedo que nace del grito de la propia conciencia, porque es ésta la que nos acusa delante de Dios y nos condena.

Las almas puras son las que conservan la amistad con Dios, se elevan continuamente hacia Él y lo conocen más y mejor que los demás, mientras que las que viven sumergidas en una vida de pecado van descendiendo, enterrándose en el lodazal del vicio y alejándose cada vez más de Dios. Dejan de amarlo, porque el pecado apaga en ellas la llama de la caridad; ya no confían, porque el pecado les confunde la inteligencia y no saben mirar hacia la misericordia de Dios; pierden la fe, porque la pasión las ciega y no les deja ver la luz de Dios.

El que cumple los mandamientos corresponde a la llamada de Dios. Nada le atemoriza, porque su conciencia está tranquila, cree en Dios, observa sus preceptos y corre a su encuentro. Sabe que su Creador es el único Dios verdadero

que da el ser a todo cuanto existe; por eso confía en su poder, en su bondad, en su sabiduría, en su amor.

El principio de toda la vida espiritual es creer en Dios. Esta fe nos abre a las maravillas del Ser infinito, nos hace encontrar a Dios en sus obras, vivir la vida de Dios presente en nosotros. Pues nosotros mismos somos pobres y nada tenemos, pero en Dios lo somos todo y nada nos falta. La persona que cree en Dios es feliz, porque sabe que tiene un Padre que la ama y vela por ella. Ama a su Padre, descansa en sus brazos y vive para ese Padre, ¡que sabe ser bondad, misericordia, perdón y amor! Una sola cosa le pide Él: fidelidad en la observancia de sus preceptos: «Si me amáis, *guardaréis mis mandamientos*» (Jn 14, 15).







Una gran importancia actual tiene la virtud del celo por la gloria de Dios. Ante el progreso del mal, de la conculcación de los derechos de Dios y de María, la Virgen y sus hijos consagrados no pueden estar quietos, indiferentes. Ella lo pide mucho. De una manera o de otra, todos los consagrados a la Santísima Virgen tenemos que tomar parte en acelerar su Reinado.

San Luis María Grignion de Montfort denomina especialmente a los que se consagran totalmente a la Virgen: «Apóstoles de los últimos tiempos». Y el santo describe también su manera de responder, sus cualidades y su disposición de corazón.

Es plenamente consciente del papel de la Inmaculada en la batalla final. Se trata del retorno de los seres humanos a Dios en una hora especial de la humanidad, la última.

*«Sí, Dios quiere que su Madre Santísima, sea ahora más conocida, amada y honrada que nunca. Lo que sucederá sin duda, si los predestinados, con la gracia y luz del Espíritu Santo, entran y penetran en la práctica interior y perfecta de*

# APÓSTOLES DE *Santa María*

— LA BATALLA FINAL —



*la devoción que voy a manifestarles en seguida». (Verdadera Devoción, n° 55ss)*

La Parusía que Jesús describe en el Evangelio, los diversos textos de las Epístolas de los Apóstoles y, sobre todo, el Libro del Apocalipsis nos revelan esos tiempos como la apoteosis de la violencia de Satanás, de su rebelión final. En medio de la aparente victoria total del adversario, aparece el «Rey de Reyes y Señor de Señores», que trae la victoria final, que lleva inmediatamente al juicio final y a la eternidad.

San Luis María Grignion es uno de los santos que atribuye a este tiempo una especial presencia de la Virgen, que luego en Fátima promete: «*Al fin mi Inmaculado Corazón triunfará.*»

Nosotros, sus consagrados, somos un adelanto de ese triunfo. Hay que luchar por la victoria de la Inmaculada en cada alma, lo más pronto posible, como anhela luego San Maximiliano M<sup>a</sup> Kolbe.

La primera característica del católico fiel de los últimos tiempos es el **espíritu y celo apostólico**. En Fátima, la misma Virgen forma a los pequeños como apóstoles, sacándolos de la vida cristiana «privada» y personal, y contagiándoles sus desvelos por las almas, por la Iglesia, por el mundo entero.

Doscientos años antes, San Luis vislumbra a los «siervos, esclavos e hijos de María» cómo salen al mundo para predicar la verdadera devoción a María (sea con la oración, con el sacrificio, con la palabra o el ejemplo), y cómo aplastan así la cabeza del diablo.

*«Serán como nubes de trueno, que volarán al menor soplo del Espíritu Santo, para sembrar la Palabra de Dios y traer la vida eterna.»*

Esta misión de apóstol de María se concretiza como una participación en la batalla final, la batalla decisiva de los últimos tiempos entre el diablo y la Inmaculada, que aplasta la cabeza del diablo. El «botín» por el que se juega todo son las almas.

No en vano en Fátima, María muestra a los niños el infierno y las almas que caen al infierno como en un torbellino. Todo el mensaje de Fátima es una llamada de alarma de la Madre que muestra a sus hijos el gran peligro y quiere librarlos del mismo.

La aparición del 13 de julio describe luego la apoteosis, la victoria casi total de Satanás por parte de sus cómplices, el ateísmo materialista que gobierna el mundo. En cambio, el Corazón Inmaculado de María se erige como la única salvación y la única victoria segura que Dios nos ha dado.

San Luis señala claramente que esta lucha es terrible.

*«Finalmente, María ha de ser temible como una tropa armada, poderosa como un ejército, dispuesta a luchar contra Satanás y sus cómplices, sobre todo en esos últimos tiempos, en los que el diablo sabe perfectamente que sólo le queda poco tiempo (véase Ap. 12,12) para corromper a las almas.*

*Por eso, cada día redoblará la cruel persecución y tenderá terribles trampas a los fieles servidores y verdaderos hijos de María, ya que le cuesta más vencerlos que a los demás.*

*Es precisamente con respecto a estas últimas y crueles persecuciones del diablo, que aumentarán diariamente hasta el reinado del Anticristo, que hay que comprender aquella primera famosa promesa y maldición de Dios, que*

*pronunció contra la serpiente en el paraíso terrenal: “Pondré enemistad entre ti y la mujer”».*

Por lo tanto, los apóstoles de la Virgen serán un signo de contradicción: «*Para los pobres y los pequeños serán la fragancia de Cristo, pero para los “grandes de este mundo”, los ricos y los orgullosos, serán el hedor de la muerte.*

*Serán como nubes de tormenta que vuelan a lo lejos a la menor brisa del Espíritu Santo para sembrar la Palabra de Dios y traer la vida eterna. Tronarán contra el pecado, rugirán contra el mundo, lucharán contra el diablo y sus secuaces, atravesarán, ya sea a la vida o a la muerte, con la espada de doble filo de la Palabra de Dios, a todos a los que Dios los envíe.»*

En cuanto a las virtudes de estos apóstoles, menciona San Luis María la pobreza, el desprecio del mundo, la pureza de intención, el celo, la humildad, la caridad, el mostrar la verdad sin acepción de personas...

Las armas son el Santo Rosario, el crucifijo, los nombres de Jesús y María en los labios, la modestia y mortificación en el cuerpo. En Fátima también nuestra Madre nos da, junto al Rosario, su Inmaculado Corazón.

No tengamos miedo. Si algo nos falta, «pidan y recibirán». Pidamos ayuda a Nuestra Señora del Encuentro con Dios, nuestra Capitana, que nos consiga las virtudes que necesitamos, y esté con nosotros en todo momento.

«Para San Luis María la esclavitud mariana es el “secreto” de Dios para dar eficacia al apostolado de los apóstoles de los últimos tiempos; es el “secreto” del Padre para llevarnos a la santidad». (P. Rodrigo Molina).

"NADIE ECHA

*Vino Nuevo*

EN ODRÉS VIEJOS..."

A VINO NUEVO, ODRÉS NUEVOS" (MT 9,17)

**M**aría es el odre nuevo y perfecto, dispuesto y abierto a llenarse del Espíritu Santo para irradiar y darnos nueva vida a nosotros sus hijos si estamos dispuestos a un cambio radical y abrimos a la gracia. Que en este nuevo año que el Señor nos regala emprendamos el cambio con gran gozo, decisión y alegría, tomando como modelo a María.

Es característica de la nueva alianza la novedad. El Rey Mesías viene a hacer un odre nuevo. Su obra es total, abarca mentalidad y estructuras. No es tiempo de reformar estructuras, sino de transformarse. Un nuevo espíritu reclama formas nuevas, una *metanoia*, un cambio de mentalidad de fondo.

Jesús se guardará de insertar el germen de su nueva Iglesia en el tronco añejo del judaísmo de los escribas y fariseos, imposible ya de rejuvenecer.

El vino nuevo es figura muy expresiva del espíritu generoso que el Evangelio trae al mundo.

Esta doctrina la ilustra san Pablo cuando contrapone la condición de servidumbre en que vivían los judíos al nuevo estado inaugurado por Cristo, que es de libertad, de la libertad plena de los hijos de Dios. Aquel era parecido al estado de un niño, que está bajo la autoridad de sus tutores; este otro es comparable al del adulto, que puede disponer ya de sí mismo y de sus cosas, pero con

responsabilidad, sin olvidar que hay un Dios que lo conoce todo, lo penetra todo y que en su infinita misericordia y liberalidad juzgará un día con justicia todas nuestras obras. En aquel antiguo

estado, todo eran figuras y sombras; en este nuevo gozamos de las realidades, representadas por aquellos tipos y figuras.

Los oyentes de Jesús conocían lo que pasa cuando se echa vino





nuevo, recién sacado de la uva vendimiada, en odres viejos. De la misma manera que la fuerza de la fermentación del vino nuevo revienta los recipientes envejecidos, así también el mensaje que Cristo trae al mundo rompe todo conformismo, rutina y anquilosamiento.

Siempre que el hombre recibe a Jesús, algo surge en su interior que le hace cambiar de vida, rompe sus esquemas viejos y gastados. Los odres pueden envejecer, no así el vino. Lo que envejece los odres de nuestras almas son los pecados que impiden a recibir nuevas gracias que es el vino nuevo que todo lo vivifica y rejuvenece.

En nuestra vida sentiremos siempre las heridas del pecado: defectos que no se acaban de superar, tentaciones que halagan, la inclinación a lo cómodo y placentero. Por eso es la contrición y dolor de nuestros



pecados lo que nos dispone para nuevas gracias, acrecienta la esperanza, nos fortalece y acerca de nuevo a Dios en un acto de amor profundo.

El cambio ha de brotar de dentro del corazón del hombre, no se trata de cambiar las estructuras externas. Al sacramento de la penitencia se ha de acudir con sinceridad plena, humilde, contrita, con deseos de reparar y con propósito firme de la enmienda aun reconociendo nuestra fragilidad. Esto es lo que renueva a la Iglesia y es la disposición con la que se ha de recibir el Evangelio de Cristo.

A eso nos conduce la Virgen: Nuestra Madre nos invita a recibir el don divino de la gracia correspondiendo a las mociones e insinuaciones del Espíritu Santo, que prepara a acoger otras nuevas si hemos sido fieles, cuando pedimos a Dios que quite la podredumbre de nuestros pecados.

En todos los tiempos la Iglesia de Dios, sin dejar de ofrecer a los hombres el sustento espiritual, engendra y forma nuevas generaciones de santos para Cristo.

Santidad en la cabeza, que es Cristo, y santidad en muchos de sus miembros. Santidad heroica y renombrada y también santidad oculta y silenciosa de quienes son conscientes de que su patria es el cielo. Santidad radiante de la Iglesia que muchas veces queda velada por las miserias personales de sus componentes, aunque esas mismas flaquezas e infidelidades manifiestan la presencia santificadora del Espíritu Santo que la sostiene inmune en medio de las debilidades humanas.

Esto es emprender una vida nueva, un camino nuevo, renovado por la presencia de Cristo

y de María. Una vida que sea coherente con la Buena Noticia del Evangelio. Es el camino de la conformación plena con el Señor Jesús que nos conduce a la auténtica felicidad, que nos obliga a abandonar aquellas costumbres que nos alejan del rebaño del que formamos parte y nos impiden escuchar el grito de la Buena Noticia de Jesucristo.

«María, como “odre nuevo”, recibió el “vino nuevo” llevado por el Hijo a la boda mesiánica (cf. *Mc* 2, 22). Así, la gracia que ella misma, con instinto de Madre, había pedido para los esposos de Caná, la recibió antes que nadie al pie de la cruz, derramada del Corazón traspasado del Hijo, encarnación del amor de Dios a la humanidad» (cf. *Benedicto XVI, Deus caritas est*, 13-15).

Nos dice el P. Molina:

«Son necesarias reformas fundamentales, no cambios marginales; reformas radicales, no cambios circunstanciales; reformas sustanciales, no cambios accidentales. “*Los que son de Cristo Jesús han crucificado su hombre (viejo) con sus (torcidas) tendencias (egoístas), con sus deseos (que salen de ellas, los torcidos y egoístas)*” (*Ga* 5,24).

Y esto se consigue no cambiando las estructuras sino cambiando al hombre.

El único cimiento sobre el que se pueden planificar reformas es el corazón del hombre reformado.

El hombre debe ser llenado de Dios, del Espíritu de Dios. Se impone para ello, vaciarse del mundo, del espíritu del mundo. Derramar el vaso viejo, limpiarlo para hacerlo capaz y llenarlo de lo nuevo».



## La Santísima Trinidad,

PRESENTE EN NOSOTROS, FUENTE INCREADA  
DE NUESTRA VIDA INTERIOR

**L**eemos que Dios nos dice: «Hijo mío, dame tu corazón» (Prov 23, 26.). «Yo estoy a tu puerta y llamo; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré en su morada, cenaré con él y él conmigo». (Ap 3, 20.)

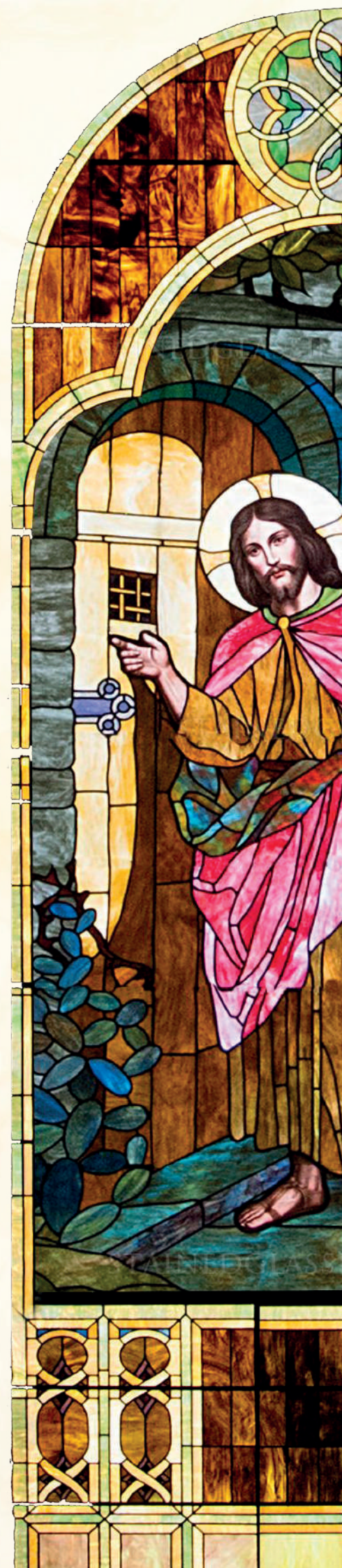
¿Qué desea Dios de nosotros? La consagración a María nos ayuda a comprender, asimilar, gozarnos y agradecer este deseo de nuestro Dios.

La Escritura nos enseña que Dios está presente en todas las criaturas, con una presencia general llamada con frecuencia presencia de inmensidad. Leemos en particular en el Salmo 138, 7: «¿A dónde iré, Señor, que me esconda de tu espíritu? ¿A dónde huir para escapar a tu mirada? Si me remonto hasta los cielos, allí estás tú; si desciendo a la morada de los muertos, también estás allí». Es lo que hace decir a San Pablo, predicando en el Areópago: «Dios que creó el mundo y es Señor del cielo y de la tierra... no está lejos de cada uno de nosotros, porque en él vivimos nos movemos y somos» (Hch 17, 28).

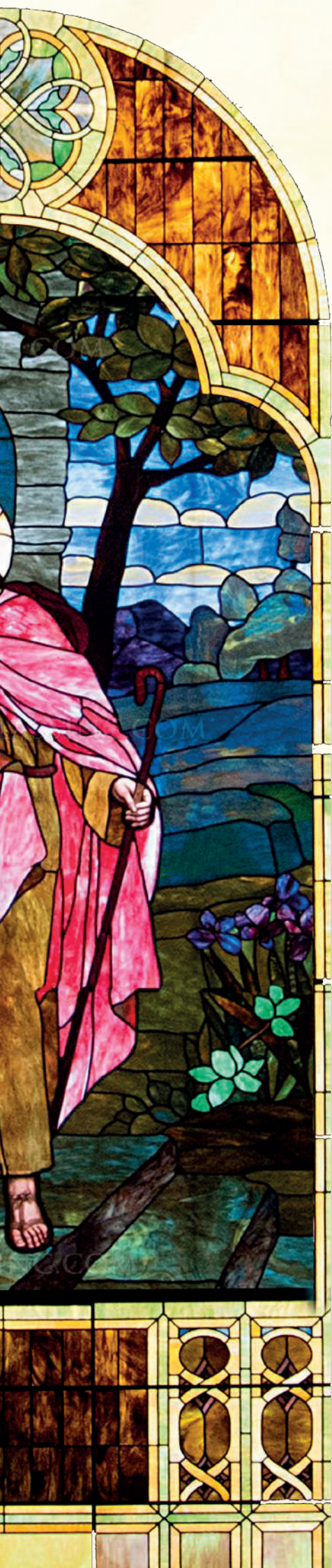
Dios, en efecto, lo ve todo, conserva todas las cosas en su existencia. Es él como el foco de donde dimana la vida de la creación y la energía central que todo lo atrae a sí.

Pero la Sagrada Escritura no nos habla solamente de esta presencia general de Dios en cada cosa; nos habla también de otra presencia especial de Dios en los justos. Así, ya en el Antiguo Testamento, en el libro de la Sabiduría, 1, 4 está escrito: «La sabiduría divina no penetrará en un alma perversa, ni habitará en un cuerpo sujeto al pecado». ¿A qué se refiere?

Las palabras de Nuestro Señor nos ofrecen nueva luz y nos enseñan que las mismas Personas divinas vienen a aposentarse en nosotros. «Si alguien me amare, dice, *cumplirá mis mandamientos, y mi Padre le amará y vendremos a él y en él haremos nuestra morada*» (Jn 14, 23). Cada una de estas palabras es muy de considerar: «Vendremos». ¿Quién va a venir? ¿Serán sólo los efectos creados: la gracia santificante, las virtudes infusas, los dones? No; vienen los mismos que aman, las tres divinas Personas, el Padre y el Hijo, de los que jamás se separa el Espíritu Santo, prometido por Nuestro Señor y







enviado visiblemente el día de Pentecostés. Vendremos a él, al justo que ama a Dios; y vendremos no de una manera transitoria, pasajera, sino que estableceremos en él nuestra morada, es decir, habitaremos en él, mientras permanezca en estado de gracia, mientras conserve la caridad. Así habla Nuestro Señor.

Estas palabras son confirmadas por aquellas otras de Jesús, de la promesa del Espíritu Santo: «Yo rogaré a mi Padre y os dará otro Consolador, para que eternamente permanezca en vosotros; éste es el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque ni lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, ya que mora en medio de vosotros, y él estará en vosotros... Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he enseñado» (Jn 14, 26). Estas palabras fueron dichas solamente a los Apóstoles; en ellos fueron realidad el día de Pentecostés, que se renueva en nosotros en el Sacramento de la Confirmación. Este testimonio del Salvador es clarísimo y precisa admirablemente lo dicho en el libro de la Sabiduría, 1, 4. Las tres divinas Personas vienen a habitar en las almas justas. Así lo entendieron los Apóstoles. San Juan escribe: «Dios es caridad... y el que permanece en la caridad, en Dios permanece y Dios en él» (1Jn 4, 9-16). Ese tal posee a Dios en su corazón, pero más lo posee Dios a él y lo contiene en sí, conservándole, no sólo su existencia natural, sino la vida de la gracia y la caridad.

San Pablo dice también: «La caridad de Dios se ha

derramado en vosotros por el Espíritu Santo que se os ha dado» (Rm 5, 5). Y no es solamente la caridad creada lo que hemos recibido, sino que nos ha sido dado el mismo Espíritu Santo. San Pablo habla especialmente de él, porque la caridad nos asimila más a ese Santo Espíritu, que es el amor personal que une al Padre y al Hijo. Ambos residen igualmente en nosotros, según testimonio de Jesús.

En muchas ocasiones vuelve San Pablo sobre esta consoladora doctrina: «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1Co 3, 16). «¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, que habéis recibido de Dios, y que ya no os pertenecéis? Porque habéis sido rescatados por gran precio. Glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo» (1Co 6, 19).

Así pues, con toda claridad, nos enseña la Escritura que las tres Personas divinas habitan en todas las almas en estado de gracia.

Nuestros deberes hacia ese Huésped divino se pueden resumir así: Pensar con frecuencia en él y decirse: «Dios mora en mí». Consagrar a las divinas personas el día, cada hora, diciendo: «En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo». Acordarse que el huésped interior es para nosotros fuente de luz, de consuelo y de fortaleza. Adorarlo diciendo, como nuestra Madre María: «*Magnificat anima mea Dominum*». Creer en Él y amarle con un amor cada día más puro, más generoso y más encendido.



*“La devoción a María quita del alma todo escrúpulo y temor servil; ensancha el corazón con una santa confianza en Dios e inspira un amor tierno y filial a Ella”.*

*(M. M<sup>o</sup> Teresa De Simone)*

## ROSARIO MUNDIAL



Respondamos a la llamada de Nuestra Señora en Fátima:

**"Rezad el Rosario todos los días".**

La Hermana Lucía aseguró que la Santísima Virgen dijo que "los últimos remedios que Dios daba al mundo eran: el Santo Rosario y el Inmaculado Corazón de María" y que "el Rosario es el arma de combate de las batallas espirituales de los últimos tiempos".

INSCRÍBETE

[rosario.reinadodemaria.org](http://rosario.reinadodemaria.org)



**Conecta con nosotros**

[info@reinadodemaria.org](mailto:info@reinadodemaria.org)

[www.reinadodemaria.org](http://www.reinadodemaria.org)



Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

